

cia y el fanatismo de las familias protestantes en rivalidad con las católicas, la figura escéptica de *Michel de Montaigne* (1533-1592) se levanta para predicar la tolerancia. Cansado de la guerra continua, que empobrece la tierra y arruina la cultura, este autor, retirado en sus posesiones campestres del Perigord, escribe reflexiones varias sobre diversos asuntos, que reúne en un libro titulado «Ensayos». Montaigne escribe en un estilo sencillo, en una lengua precisa y clara, la más adecuada a este hombre inteligente y razonable. Formula una moral epicúrea donde un egoísmo prudente ayuda a pasar apaciblemente la vida. Rehuye las pasiones violentas y el dolor, busca la independencia y la libertad individual; en una palabra, expone un arte de vivir. Montaigne pide que se reverencien las instituciones y la religión imperante y, a la vez, exige que éstas respeten la persona humana. Su espíritu clásico, ordenado y sensato es un ejemplo bien característico de todo el espíritu francés.

Ya parece anticipar Montaigne con sus teorías y su ferviente deseo de paz la era que ha de seguir a los desordenados disturbios y anarquía general del siglo XVI. Con el reinado de Luis XIII comienza en Francia una época que se denomina clásica, en la que florecen las letras con la lozanía propia de todos los tiempos de esplendor. El siglo de los Luises es propicio a la literatura. La restauración monárquica y católica favorece a los artistas y el gobierno les otorga protección oficial. Richelieu contribuye a la formación de la Academia francesa, cuya principal ocupación será formar el diccionario de la lengua y la depuración del gusto.

La sociedad francesa minoritaria se interesa por la literatura; lee apasionadamente la novela de *Honoré d'Urfe*, «*Astrea*», donde se relatan sentimentales sucesos pastoriles que tienen lugar en un ambiente bucólico. Las relaciones entre hombre y mujer vuelven a complicarse con refinamientos, cortesías, bien contrarias a las maneras rudas y groseras del tiempo de la guerra civil y una ceremoniosa actitud se impone en todos los aspectos de la vida diaria.

La sociedad mundana, reducida a un círculo de nobles aristócratas, se entrega a unas sutilidades de pensamiento y lenguajes, a unos preciosismo de concepto que hacen que pueda calificarse a sí misma de sociedad preciosa. Nacen en Francia los Salones, verdaderos centros de cultura y civilización que todavía se conservan en nuestros días. Y, no obstante, las ridículas pretensiones de algunas damas «preciosas» como nuestras «cultas latini-parlas» de que hizo mofa Quevedo, la mujer juega un papel preponderante en la historia literaria. Madame de Maintenon y Madame de Montespan, favoritas de los reyes y mujeres cultas, influyen en la política y en las artes. Madame de Sevigny, consumada artista en el género epistolar, crea escuela con sus cartas. Madame de Lafayette, con su deliciosa novela «*La princesa de Cleves*», crea también un noble carácter de mujer y escribe la primera novela moderna. En los salones, presididos por una mujer de cultivada inteligencia, se conversa y se discute razonablemente, y de esta reunión, que experimenta un placer puramente intelectual en el intercambio de ideas, nace la influencia más bienhechora que jamás un grupo haya